

Flora Goldberg

Golems de madera

José Gordon

En el siglo XVI, un hombre bordeaba las orillas del río Moldavia atento a las texturas de la tierra. Tal vez ya intuía las formas ocultas en ese amasijo de barro. Con esa arcilla el rabino de Praga creó una figura humana y le puso una palabra en la frente que le dio vida. A esa figura legendaria le llamaron Golem.

Flora Goldberg, a su manera, también se inscribe en una tradición que busca darle vida a materiales que se consideran inertes. Me cuenta una interesante historia. Acababan de tirar unas jacarandas a dos cuadras de su casa. Los árboles parecían amputados, sólo quedaban unos grandes tocones, los troncos mutilados que quedan unidos a la raíz cuando los cortan por el pie. Flora los observó atentamente. Se acercó a los hombres que habían derrumbado las jacarandas para ver si le podían vender los tocones. La respuesta la sorprendió: “¡Qué vender ni que nada! Usted traiga con qué llevárselos y tome los que quiera”, me dice Flora con una gran sonrisa.

Así fue como empezó a trabajar con esos materiales. Vio la posibilidad de hacer esculturas con madera, de trabajar como artista plástica con un material con el que sentía un diálogo profundo: “Todas las piezas me hablan. Yo sigo en la madera, en principio lo que veo. Descubro la forma, la aliso. Al mismo tiempo la madera sigue el movimiento que le doy a la pieza. Es increíble ver cómo las vetas caminan con lo que haces, siguen el movimiento de lo que descubres. Las maderas son duras, unas más que otras, y también tienen sus mañas: si uno le pega en el lado equivocado, se astilla; entonces uno tiene que aprender que cuando la madera dice por aquí no, hay que cambiar de lado, saber qué es lo que se descarta, contrastar las texturas ásperas y las que requieren un lijado muy fino”.

Lo que surge parece una especie de Golem de madera. Flora me cuenta lo que le ocurrió con una pieza a la que le vio la forma de un toro. Tenía que tirar, con



Flora Goldberg

cierto dolor, una jacaranda en su casa. Pidió permiso a los responsables de medio ambiente y ecología. Le dieron autorización. La pieza que surgió del tocón era muy grande. No cabía en el estudio ni por peso ni por tamaño. Entonces la trabajó en el garaje. Dice Flora: “Los de ecología se asomaron por un huequito de la puerta y me vieron con el toro. Se acercaron y me comentaron: —Señora, ¿qué quiere usted tirar? Porque usted no mata árboles. ¡Les vuelve a dar vida!”.

En la cuadra, dice Flora divertida, se hizo famoso el toro: “La policía, los que traen el agua, los que traen la verdura, los que traen el gas, todo mundo decía: ¿podemos pasar a ver el toro? La pieza se llamó *Una faena*. Se hizo famoso el toro y a mí lo que me llamó la atención fue la sensibilidad que tiene la gente sencilla, que no se siente culta, para este tipo de cosas”.

Flora Goldberg rescata tocones que de otra manera se hubieran ido a la basura. En su trabajo paciente, que requiere mucha fuerza en las manos, fueron surgiendo diversas figuras humanas. Así, por ejemplo, hay un tronco en donde vio un ombligo que ya estaba en la madera: “Vi la madera por todos lados y cuando percibí el ombligo ya sabía qué hacer. Ahí

estaba una escultura relacionada con las figuras de Dafnis y Cloe”.

Con el paso del tiempo, cuando las piezas de madera se conjuntan, aparece un bosque de nuevo, un bosque humanizado. En su más reciente exposición titulada *Concierto de chelo en bosque humano*, en la sala Nezahualcóyotl de la UNAM, las esculturas estaban literalmente en casa, parecían resonar con las maderas que forman parte de la acústica maravillosa del recinto universitario. Le pregunto en particular por la pieza que ilustra la portada de esta edición de la *Revista de la Universidad de México*. Me cuenta cómo surgió esa imagen:

“Me tocó estar en un concierto en donde los instrumentos estaban al nivel en el que yo me encontraba, al nivel del piso. Tenía enfrente a todos los chelistas y me puse a hacer algunos dibujos de los músicos. Esos apuntes los hice en un boleto de concierto porque no iba preparada con un cuaderno. Eso forma parte de las lecciones que me dio Diego Rivera en 1955. Cuando vio unas acuarelititas que había hecho, me dijo que tenía mucho talento y sensibilidad —Flora ríe—. Me lo creí. Tal vez lo más importante que me enseñó Diego Rivera fueron dos cosas: uno, verlo trabajar, con tanta capacidad e intensidad; dos, me dijo que en todo momento llevara un lápiz y un cuaderno para hacer apuntes y sacar datos de la realidad, de la vida diaria: en los camiones, los parques, en donde fuera, hacía apuntes que todavía conservo en un cuaderno. De hecho, una escultura que estoy haciendo ahora la saqué de unos apuntes que hice en 1956. La escultura del chelista tiene que ver con unos apuntes en un boleto de concierto: es un chelista zurdo porque la madera no me permitió otra forma. Me puse a investigar y efectivamente sí hay chelistas zurdos, no muchos, pero los hay. Lo interesante es que aunque el arco es invisible, la dirección de la mano lleva directamente hacia las cuerdas: el movimiento de la mano indica perfectamente el arco”.

Los apuntes que hoy toma Flora Goldberg los hace a través de un teléfono celular. Ahí registra formas que después descubrirá en los tocones. Para Flora, la escultura es un dibujo en 360 grados, un dibujo que el diálogo con la madera materializa en diferentes colores, vetas y texturas. La madera canta, refleja calidez y ternura en sus formas. Le comento que tienen un dejo de serenidad. Flora sonríe: “Hay piezas en las que está reflejada una meditación. Por ejemplo —señala una de ellas—, esta pieza la hice después de tener un cáncer. Te reflejas en lo que te pasa. Para mí es esencial el abrazo. Todas las cosas se unen por alguna forma o concuerdan quién sabe por qué”.

Me quedo pensando en que ése es el misterio que se dibuja en las relaciones humanas y también el misterio que se expresa en los bosques humanos y en los chelistas de madera.

